

I

BOMBARDEOS

«En el orden de la vida recibo acercamientos desde todas partes para que me libere de las pretensiones de individualismo y autoexpresión.»

K. JASPERS

Como bombardero, en Menstham Camp, estaba instruyendo a una brigada en un rincón del enorme campamento, mientras que otros bombarderos lo hacían no muy lejos de donde yo estaba. Resonaban nuestras voces marciales. Tronaban los rifles al colocarse junto al pie derecho, las manos golpeaban con dureza el cuerpo del rifle. El pequeño asistente de campamento, que había sido un plácido sargento en tiempos de paz y que poseía una condecoración por la guerra sudafricana, entró en el campo acompañado de un sargento primero. Tras mirar a su alrededor, el sargento primero señaló en mi dirección, y ambos avanzaron hacia donde yo me encontraba.

Durante un rato el asistente se mantuvo detrás de mí, aunque antes me dijo: «Continúe, bombardero». Di un grito bronco con la intención de que los rifles descendieran elegan-

temente de aquellos desmañados hombros hasta plantarse en *terra firma*, en algo parecido a un *bang* unánime, y luego de nuevo hacia arriba con un respetable *¡pre-sente!* Yo quería que este sargento me recomendara a una comisión en el Colegio de Cadetes de Artillería en Exeter (donde más tarde me enviarían) y mi impecable estilo en la plaza de armas venía secundado de manera imperfecta por el grupo de mineros, robustos aunque lentos de movimientos, al que debía ejercitar. La presencia del sargento los alarmó, y uno o dos de los reclutas perdieron el control de sus rifles, que dieron algunos extraños giros e incluso abandonaron sus manos para caer al suelo en medio de un estrépito deshonoroso e impropio de un soldado.

—*¡For-men!* *¡Ar!* —rugí.

Las culatas resonaron contra el suelo, desalentadoramente, una tras otra, de una manera poco sistemática y de todo menos elegantes y al unísono. Y si alguien me hubiera hecho una foto en aquel momento, con el ojo derecho algo más abierto que el izquierdo, lleno de indignación, me habría dejado como un rigorista redomado.

—*¡Bombardero!* —me llamó, en mi opinión de un modo grosero, el sargento mayor que acompañaba al asistente.

Me giré al instante con la precisión de una peonza bien lanzada; y con el paso de un irresistible autómatas me eché encima del asistente, a un ritmo rápido y firme; junté mis talones con un sonoro azote, le aticé a mi rifle una palmada bien merecida, y permanecí de pie mientras examinaba la cabeza del ayudante: me era imposible hacer otra cosa, dado que aquel oficial era casi treinta centímetros más bajo que yo. Yo sabía lo que tocaba, o al menos eso pensé. Mi escuadrilla y su instructor iban a recibir sus deshonras.

—*¡Bombardero!* —dijo el ayudante—. *¿Qué es todo eso del Futurismo?*

Parpadeé, pero no me moví.

—¿Va usted en serio con el nombre de su cuadro *Amanecer-Marengo*? ¿O es que pretende tomarle el pelo al Público?

No moví un músculo. Bajé los ojos mientras me hablaba, y los fijé severamente por encima de la rueda de la cureña en su gorra militar. Parecía un poco nervioso, pensé. El tema de sus comentarios me sorprendió profundamente y no podía decidirme de repente si esto era, en el contexto militar, un mal presagio o más bien todo lo contrario. Y en este momento lo que importaba, decididamente, era el contexto militar. Yo sabía que aquella misma mañana había aparecido una fotografía en el *Daily Sketch* que mostraba una pintura abstracta al óleo, de mi mano, con el nombre de *Amanecer-Marengo*. Así que, al menos, comprendí lo que había pasado.

—No, señor —respondí—. El pelo del Público no.

Eché un vistazo por el rabillo del ojo al sargento mayor, al que había tenido que introducir en el campo la noche anterior a través un agujero en un seto, después de haberlo sacado de una zanja llena de *Anzacs*²⁰ estertorosos, que habían sucumbido en medio de una confusión alcohólica.

—Dicen... estos individuos del periódico que escriben... emm... que uno tiene que mirar estas cosas que usted hace como si uno estuviera *dentro* de ellas en vez de fuera.

El sargento mayor se permitió una discreta sonrisita.

—¿Estoy loco, Bombardero, o los locos son esos tipos? Es lo que quiero saber. Debe ser una cosa o la otra.

—Es la otra, señor —le tranquilicé—. Respondo de ello.

—Entonces, lo que dicen son paparruchadas ¿no es así?
—dijo con alivio evidente.

20. El término «Anzacs» aparece durante la Primera Guerra Mundial para designar al ejército australiano y neozelandés y, por extensión, a sus soldados.

—No le quepa duda de ello, señor. No tienen ningún conocimiento del arte sobre el que escriben. No debe prestarles ninguna atención.

—Me alegro de saberlo, me alegro mucho, Bombardero.

De pie en esta actitud hierática, rifle al hombro y talones juntos, esperaba no tener que proseguir con este absurdo diálogo durante demasiado tiempo. Este don nadie al mando no tenía en realidad ningún derecho a mantenerme en aquella posición (sobre todo cuando se trataba de una posición que no podía abandonar y que resultaba totalmente insatisfactoria a la hora de exponer los misterios de una técnica esotérica). Aquello era tan brutal como sorprender a un Chambelán de la Corte²¹ en calcetines y calzoncillos: debería haber respetado mi vida privada. La plaza de armas en la que nos encontrábamos era un lugar para los pertrechos, no un foro de discusión cívica. Así es como yo lo veía. Así que allí estaba, de pie ante aquel oficial, inmóvil, con las pantorrillas hinchadas bajo mis *puttees*.²² Entendí cómo debe sentirse un mayordomo cuando su señor esnob le interroga de manera inconcebible sobre su vida sexual o sobre el estado de sus intestinos.

—Muy bien. Continúe, Bombardero —dijo el asistente, al parecer satisfecho al ver que el sargento mayor no estaba irreparablemente chalado.

Di un taconazo furioso, después media vuelta, y volví a mis filas de mineros encorvados, gritando ferozmente a medida que me aproximaba a ellos:

21. El «Court Chamberlain» o Chambelán de la Corte es la mano derecha del emperador, y puede aparecer como sustituto de éste en muchas de las funciones que le corresponden.

22. Trozo de paño que se enroscaban desde los tobillos hasta las rodillas los soldados de la Primera Guerra Mundial.

—¡Peee-lotón! ¡Meee-dia *vuelta!* *Al trote* ¡Ar!

Ahora era mucho más profesional que antes de haberlos abandonado. Y me los llevé tan lejos del asistente como me fue posible, y les rugí y les bramé durante diez minutos hasta que noté que les dolían los brazos de tanto levantar sus armas de fuego arriba y abajo y de pasarlas de un lado al otro.

Antes me he referido a mi «vida privada». Pero, por supuesto, en los últimos dos años me había convertido en una figura pública. Había saltado a la fama como el editor de *Blast*, cuyo primer número había aparecido en los seis meses anteriores a la declaración de la guerra. Yo era el futurista máximo. Solían llamar «futurismo» a lo que yo hacía, aunque éste fuera un nombre poco apropiado. En todo caso había perdido para siempre mi anonimato, hecho que no había llegado a asimilar todavía. Pues apenas me hice famoso, o más bien bastante conocido, la Guerra vino con un estruendo y, con ella, cuando me alisté en el ejército, volví de nuevo a sumergirme, en cierto modo, en el anonimato. De ninguna de las maneras puse objeciones. Fue bastante fácil volver a sentirme anónimo. Me gusta la sensación: «bombardero» era, después de todo, un romántico incógnito. Y desde que estaba en el ejército, el breve encanto de la celebridad repentina se convirtió en un sueño que había tenido en algún momento dado.

Mi carrera como artista y escritor era un asunto personal, algo que veía como una cuestión privada más que pública. Por supuesto no me avergonzaba de ello; sin embargo, dado que era irrelevante, no me agradó especialmente que lo descubrieran. Preferí olvidarlo. Tuve que decirle «adiós a todo aquello» cuando me puse por primera vez aquel uniforme. Mi mente estaba, en efecto, tan hecha a la idea, que tuve que reasumir lo que había sido antes de convertirme en un «león»,

y recobrar mi anonimato a fin de poder mirar cara a cara a la muerte. No había razón alguna para encontrarme con la muerte en el campo de batalla, si, en tanto Wyndham Lewis, eso era lo que me esperaba. En pocas palabras, esta existencia —la de soldado— era otra existencia: no era la misma, ni una continuación de la otra, solo que en un escenario y unas circunstancias diferentes.

El asistente pareció agradecido por que se restaurara la confianza en su razón. No volvimos a tener más conversaciones, ni fuera ni dentro de la plaza, sobre cuadros futuristas. Pero cuando poco después de esto mi batería desfiló para el servicio en Francia, me sacaron de entre las tropas y el asistente me ordenó que me fuera a mi barracón. Desde una ventana desde la que se divisaba la plaza de armas vi cómo se alejaban desfilando y se unían a su sucesor. De la misma forma vi marcharse a otras dos baterías. Era algo deprimente. No me moría por volar a la garganta de los *Huns* o masacrar a los *Boches*,²³ y así convertir el mundo en un lugar seguro para la Democracia. Pero me di cuenta de que desarrollé con facilidad lo que se puede llamar un *esprit de corps*.²⁴ Experimenté un afecto sano por mis irregulares, patéticos y arrastrados compañeros.

Como oficial fuera de servicio, uno de mis deberes consistía en estar de pie junto al oficial médico cuando los hombres

23. Tanto «*Huns*» como «*Boches*» son términos peyorativos para referirse a los alemanes. El primero (no confundir con el pueblo bárbaro de los hunos) es de origen alemán y llega a los ingleses por el grabado en las hebillas de los cinturones que llevan los alemanes («*Gott Mit Uns*», Dios está con nosotros). El segundo calificativo procede de la expresión francesa «*tête de boche*» (borrico) aplicada a los alemanes y equivalente a «cabezas cuadradas».

24. Préstamo del francés para definir la relación de lealtad entre todos los miembros de un grupo.

hacían cola para la vacunación. Cuando los más grandes de entre aquellos reclutas, semejantes a toros, dejaban al descubierto sus brazos por encima del codo, la mitad de las veces la sangre huía de sus frentes y se tambaleaban levemente. Cuando el cuchillo tocaba sus pieles ya estaban listos para poner los ojos en blanco y hundirse en el suelo. Y cuanto más grandes eran, más probabilidades había de que esto ocurriera. Uno de mis deberes era agarrar a estos enormes bebés mientras se desplomaban y quitarlos de en medio después de que se hubieran caído. Mientras lo hacía reflexionaba que, en lo referente a la mente y a la materia, la mente es como si constituyese el corazón de la materia, y que cuando una mente pequeña, débil e inmadura se ponía a funcionar en un cuerpo tan desproporcionadamente grande, tenía que costarle un buen trabajo llegar hasta lo más alto.

Estas bajas en el desfile de la vacunación parecían ser en cierto modo simbólicas de algo. ¿Por qué sufrían colapsos estos fornidos compañeros? Pensé en el Bombardero Wells, me acordé de Joe Beckett; nuestros «campeones horizontales». Había visto (o iba a ver) cómo Carpentier dormía a este último en un minuto. Me pregunté qué podría significar todo esto.

Inglaterra, por supuesto, era muy parecida a cualquier otro país, gozaba de una perfecta salud. Pero Inglaterra había luchado siempre sus guerras con hombres embutidos, con «*crimps*»,²⁵ con criminales y gente por el estilo. Cuando surgió la propuesta de abolir los azotes en el Ejército británico, Wellington preguntó indignado cómo esperaban que ganara batallas con un material de este tipo si no podía azotarlos para que se mantuvieran en sus puestos.

25. Se dice de los individuos que coaccionaban a otros para que se alistasen en la marina o como soldados de tierra.

Inglaterra no era «militarista» precisamente; es más, siempre le habían disgustado sus militares. «Si la banda empieza a tocar, Mr. Atkins, es gracias a usted», graznó Kipling, ese amargo «militarista»; pero en otros tiempos, los Tommies²⁶ no contaban ni mucho menos con el aprecio general. El personal forajido de la «Legión Extranjera» y una aristocracia marcial sirven para explicar Waterloo y Blenheim. Ejércitos de esclavos, en una primera época feudal, y luego ejércitos de «*crimps*» lograron labrar la gran reputación militar de una isla de hombres libres que disfrutaban de «un grado de libertad que se acercaba al libertinaje», una de cuyas mayores jactancias era el derecho a *no* portar armas.

Los reyes se habían visto obligados a pelearse con un Parlamento obstinado incluso para lograr pequeños aumentos en un diminuto ejército permanente. ¿No nos informa De Lolme de que «otra gran ventaja que asiste a la notable estabilidad del gobierno inglés es que se mantiene a sí mismo sin la ayuda de un ejército permanente, recurso constante en el resto de los gobiernos»? ¿Y de que «ninguno de los monarcas que han existido, en cualquier parte del mundo, ha sido nunca capaz de mantener su tierra sin la ayuda de fuerzas profesionales bajo su orden constante», mientras que los reyes ingleses no tenían «una guardia de más de unas docenas de hombres», aunque su poder fuera igual al de «los emperadores romanos más absolutos»? Pero, como es natural, a menudo deseaban tener una fuerza «profesional», como los demás reyes no ingleses, para ir al extranjero y disfrutar del Deporte de los Monarcas.

26. Thomas Atkins era el nombre genérico para denominar al soldado británico. Se generaliza con la Primera Guerra Mundial. La primera aparición documentada data de 1743, en una carta sobre un motín en Jamaica, aunque empieza a emplearse en formularios como modelo a partir de 1815.

Así que aquí estaba el primer ejército ciudadano de ingleses no profesionales. Y aunque entre ellos hubiera una buena proporción de Bulldog Drummond,²⁷ no se trataba más que de meros amantes de las artes militares. Gran Bretaña se había convertido de improviso en continental, para llevar a cabo los dictados de la mortífera *Entente Cordiale* y de los pactos militares secretos, firmados por su Gobierno a sus espaldas. Había comenzado una nueva época en la historia de Inglaterra.

Mientras, yo echaba agua en las caras de esta ensartada carne de cañón nuestra, en su mayoría tipos tranquilos, un gran ganado inofensivo, tan indefenso en las manos de todos estos doctores, sargentos de instrucción, capellanes militares y «Oficiales». Esta es la razón por la que me referí antes a ellos como «patéticos».

El patetismo empeoró a medida que los contemplaba mes tras mes en el Frente, diciéndose a sí mismos que ésta era «una guerra para acabar con todas las guerras», y que por eso se habían metido en ella los británicos libres: de otro modo habría sido impensable. *Solo por esta vez* todos los herederos de la Carta Magna y de la Declaración de Derechos se comportarían como las manadas de reclutas de las naciones menos favorecidas, y morirían también en cifras escandalosas. ¡Solían escribirles a sus parientas cosas tales como «Seguid Sonriendo» o «¿Estamos acaso descorazonados?»! Yo, como oficial en el Frente, me encargué de censurar su correspondencia; una melancólica ocupación.

27. Bulldog Drummond es un personaje de ficción del escritor Herman Cyril McNeile (1888-1937), más conocido como «Sapper» (zapador). Este peculiar héroe apareció por primera vez en una novela homónima, y era una especie de James Bond —representaba la elegancia y el saber hacer del caballero inglés—, aunque con cierta rudeza propia de los detectives de novela negra.

Sin duda habían entrampado adecuadamente a todos aquellos hombres libres, ahora sobrecogidos y preocupados, como si se tratara de filósofos, aunque se les hubiera despojado de sus «derechos» históricos de la noche a la mañana. ¡Como a sofistas de la escuela de Bairnsfather! Por supuesto que aquella era una filosofía lamentable e hipócrita, pero en aquellos momentos de repentina emergencia era todo lo que tenían.

Yo sabía que ese *anonimato* del que le he hablado antes les habría hecho un favor mayor. Ahí radicaba la verdadera solución a todos los problemas que infestaban sus viejos petates. De hecho, en la disciplina estaba el secreto, si hubieran reparado en ello, claro está. Pero era ésta la solución que habrían rechazado en nombre de todas sus tradiciones.

La valentía intachable del japonés es hija de Shinto, de una cultura racial de hierro dirigida a confundir el ego; o, al menos, a la Plaza de Armas. ¿Pero cómo diablos iban a adquirir la noción de *disciplina* liberadora estos niños mimados de la Democracia Anglosajona, que para colmo habían vuelto la espalda incluso a las disciplinas de la Iglesia? De entre todas las cosas, ¡la disciplina! era lo último que se les podría enseñar; casi lo único que los reconciliaba con los rigores militares era el convencimiento de que estaban todos unidos para destruir para siempre toda la disciplina de Europa Occidental.

Con todo, la clave de sus dificultades, de las de cualquier hombre en una posición similar, se encontraba, indiscutiblemente, en la simple extinción del yo (¡del yo a fin de retener lo que estaban suprimiendo en medio de este ridículo caos!). Naturalmente no había nadie que les dijera nada a este respecto, ya que la Democracia —con D mayúscula— era aparentemente el principio que estaba bajo amenaza, e independientemente de lo que la Democracia pueda ser, no se trata de una filosofía de la extinción del yo, o de su fusión con un

organismo mayor. A estos voluntarios democráticos poco les importaba la formación de los *Mensur*, o de su modelo proletario opuesto: nadie había siquiera soñado con sugerirles a estos hombres que debían adoptar una perspectiva severa y pesimista de su destino, y permanecer en pie y permitir que la sangre siguiera su curso mejillas abajo cuando se hicieran un tajo en una de sus luchas simuladas, para así endurecerse contra una hemorragia que sí resultaría inevitable. La de ellos no era la educación del Samurai: habían heredado un desmesurado «respeto por la vida humana», en la misma medida que los otros habían cultivado su desprecio por ese mismo principio.

Así que cuando el pequeño cuchillo del doctor con su suero de viruela comenzaba a raspar sus cutículas, ellos emprendían una ignominiosa retirada: simplemente cerraban los ojos y se desvanecían ante todo este espectáculo de sufrimiento.

Pero era aquí precisamente donde se *hallaba* el comienzo de una nueva realidad para toda esa gente protegida y para sus instituciones «libres». Tendrían que acostumbrarse a muchas cosas que el inglés del siglo XIX ni siquiera habría concebido. Yo estuve presente —lo reconozco vagamente— en esa transición de un sistema a otro de todo un pueblo. No podía, consecuentemente, hacer otra cosa que descargar mis interrogantes sobre las caras exangües de aquellos hombres que, a una hora tan temprana del día, yacían allí, fuera de servicio. Y, por supuesto, yo era uno de ellos, hombro con hombro en el más incómodo de estos apaños: también a mí me estaban traduciendo de un sistema moderado a uno mucho más riguroso; experimentaba mi cuota de perplejidad al descubrirme a mí mismo contribuyendo al asesinato de la Democracia. Le puse el mismo precio a mi piel que el que le pusieron ellos a la suya, y del mismo modo era exigente con el resultado de mis privilegios personales; también nací al Hábeas Corpus. Solo